

## PERFIL ÉTICO DE LA ACCIÓN RACIONAL

La racionalidad o el ejercicio de la racionalidad no es neutral. Cuando uno es racional toma partido. Tomar partido supone elegir. Las elecciones suponen preferencias y las preferencias suponen ejercitar la valoración. De modo tal que a toda conducta racional puede acompañarla una actitud que podemos denominar *actitud valorativa*. Al revés, el ejercicio de la valoración (actitud valorativa) puede hacerse desde el sostén de la racionalidad. La actitud valorativa que ejercitamos racionalmente puede acompañar al ejercicio de la racionalidad instrumental que, como hemos visto, es la racionalidad que utilizamos cada vez que intentamos establecer el mejor resultado en la relación medio-fines.

Según Nozick, cada vez que tomamos una decisión o que elegimos una alternativa entre varias posibles para resolver un asunto nuestra decisión o nuestra elección están recubiertas por lo que él denomina *valor decisional*. El valor decisional es la suma ponderada de tres utilidades que los sujetos racionales tienen en cuenta cada vez que deben elegir o decidir:

$$\begin{array}{l} \text{Utilidad causal (la ejecución de la acción causa la utilidad)} \\ + \\ \text{Utilidad evidencial (el efecto de la acción es la evidencia de la utilidad)} \\ + \\ \text{Utilidad simbólica (el significado de la acción es el símbolo de la utilidad)} \end{array}$$

---

Valor decisional

Sin embargo, esta idea de Nozick no nos permite salir de la racionalidad instrumental, porque sigue haciendo el planteo en términos de utilidad aun cuando habla de valor. Pero, como veremos más adelante, una cosa es evaluar y otra cosa es calcular. El valor del que habla Nozick es un valor que está encuadrado en los límites del cálculo de utilidades.

Esto significa que mirar las cosas solamente de ese modo resulta insuficiente. Para poner en marcha esta racionalidad "técnica" es necesario, antes, hacernos cargo de la otra racionalidad que la apuntala: la racionalidad práctica.

La racionalidad de medios sólo tiene que ver con la información fáctica, es decir, con qué tipo de movimientos y medidas conducen a los objetivos de manera eficiente. Pero la racionalidad de los fines no tiene que ver con la información sino con la legitimación.<sup>1</sup>

La diferencia entre eficiencia y legitimación se relaciona con la distinción que establecimos anteriormente entre conveniencia y corrección. Lo eficiente está ligado a la conveniencia mientras que lo correcto legitima el valor de la elección o de la decisión. La primera relación es el resultado de la puesta en funcionamiento de la racionalidad técnica o estratégica; la segunda, en cambio, pone en juego la racionalidad práctica.

La racionalidad práctica no busca seleccionar los medios (o estrategias) a utilizar para lograr el mejor beneficio, sino que tiene como misión valorar los fines para escoger aquel que racionalmente se considera como el mejor. Mediante la racionalidad práctica:

1. la persona racional debe tratar de ser mejor o debe tratar de mejorarse por medio de sus acciones y de sus elecciones, y
2. una persona que trata de ser mejor pone en práctica tres acciones racionales:
  - a. construye y evalúa alternativas;
  - b. jerarquiza el valor de las alternativas, y
  - c. elige la alternativa con la que trata de adecuar la conveniencia a la corrección.

1. N. Rescher, ob. cit., p. 116.

a. CONSTRUYE Y EVALÚA ALTERNATIVAS. Umberto Eco, en *El nombre de la rosa*, ilustra el valor de esta instancia mediante el siguiente diálogo entre Guillermo de Baskerville y Adso de Melk:

...comprendí que cuando no tenía una respuesta, Guillermo imaginaba una multiplicidad de respuestas posibles, muy distintas unas de otras. Me quedé perplejo.

—Pero entonces —me atreví a comentar—, aún estáis lejos de la solución...

—Estoy muy cerca, pero no sé de cuál.

—¿O sea que no tenéis una única respuesta para vuestras preguntas?

—Si la tuviera, Adso, enseñaría Teología en París.

—¿En París siempre tienen la respuesta verdadera?

—Nunca, pero están muy seguros de sus errores.

—¿Y vos? —dije con infantil impertinencia. —¿Nunca cometéis errores?

—A menudo —respondió. —Pero en lugar de concebir uno solo, imagino muchos, para no convertirme en esclavo de ninguno.<sup>2</sup>

Imaginar y construir alternativas es la diferencia entre ser racional y ser dogmático; entre ser abierto y ser fanático, entre ser flexible y ser rígido. Y, ya sabemos, los que suponen que tienen la única respuesta correcta no estuvieron solamente en París enseñando teología en la Edad Media.

Una alternativa es un esbozo de solución al planteo de un problema. Para poder hablar de alternativas, un problema debe aceptar la oferta de varias alternativas para su solución. La mejor alternativa entre todas las posibles será la que juzguemos racionalmente como la más aceptable. Pero ¿qué dominios circunscriben la aceptabilidad racional de una alternativa? Reconocemos tres dominios dentro de los cuales las comunidades o los grupos definen localmente cuáles son los criterios que, según ellos, justifican la adopción de una de las propuestas de solución a los problemas. En nuestra cultura, para referirnos a esto decimos que el criterio que mejor define

2. Umberto Eco, *El nombre de la rosa*, Buenos Aires, Lumen-De la Flor, 9ª ed., 1987, p. 374.

los requisitos que debe cumplir una alternativa para ser elegida entre muchas es el criterio de aceptabilidad racional. También podríamos reformular diciendo, de manera más generalizante, que el criterio para escoger la alternativa preferible debe ser el que la muestre como la alternativa más razonable. Traducimos la noción técnica de aceptabilidad racional como razonabilidad. Resulta necesario, a la hora de adoptar una posición o de tomar una decisión, evaluar su grado de razonabilidad. Se puede afirmar, para circunscribir qué entendemos por razonable, que una alternativa es razonable cuando satisface estas tres condiciones formales: está sostenida sobre la mejor información disponible (dominio cognoscitivo); permite disfrutar mejor con la realización de la acción y con la situación resuelta (dominio estético) y, en su desarrollo, transforma cualitativamente al sujeto y a la comunidad dejándolos en una condición diferente de la que estaban antes de poner en práctica la alternativa elegida para hacer frente al mundo y a las circunstancias desde una posición jerárquicamente (ética, estética y cognoscitivamente hablando) más edificante (éste es el dominio ético y se sitúa por encima de los otros dos). Como dice Putnam:

...la teoría de la verdad presupone la teoría de la racionalidad, que a su vez presupone nuestra teoría de lo bueno.<sup>3</sup>

Lo que Putnam llama una "teoría de lo bueno" es lo que nosotros pretendemos llamar una filosofía de lo mejor. Al mismo tiempo podemos extender la presunción de Putnam al dominio de los valores estéticos sosteniendo que también éstos presuponen una teoría de lo bueno, en tanto que la calidad del placer debe siempre ser sustentada por el mejor placer en los términos en los que planteaba esta idea Erich Fromm: el mejor placer es el que potencia la vida y la hace más agradable. Ese placer y esa forma de disfrutar se distinguen de aquellas que disminuyen la fuerza vital y sólo son el efecto pasajero de un placer espasmódico. En suma, diríamos que la transformación

3. H. Putnam, *Razón, verdad...*, p. 212.

cualitativa de las personas y de las comunidades debe ser entendida como el resultado del uso de la racionalidad evaluativa para incrementar lo que esa comunidad considera virtuoso en las prácticas de sus miembros. El fin de la racionalidad evaluativa es el incremento de la virtud aplicada a los dominios estético y cognoscitivo.

b. JERARQUIZA (VALORA) LAS ALTERNATIVAS. Jerarquizar las alternativas es valorar. Las valoraciones están condicionadas históricamente. Los valores gozan de más estabilidad que las valoraciones, es decir, que la acción de valorar. Uno siempre prefiere lo bueno, pero la gente cambia de idea acerca de qué es lo bueno en cada época o en diferentes circunstancias. Lo mismo que pasa con los conceptos éticos y estéticos sucede con los conceptos epistémicos.

Cada época histórica valoró de manera diferente los modos de acceso al saber. La revelación, la necesidad de fundamentos, la correspondencia, la coherencia, el conocimiento exitoso, etc., son conceptos epistémicos tan controvertidos como bondad, amor, belleza o placer. Conocer y disfrutar dependen de las valoraciones que hacemos para introducirnos cualitativamente en los dominios cognoscitivos y estéticos: qué y cómo es mejor conocer, cuál es la mejor manera de acceder a los conocimientos que juzgo válidos para mí y para los demás.

Cada período histórico condiciona valorativamente los dominios cognoscitivos, éticos y estéticos. En función de la valoración que hacemos de cada manera de conocer adoptamos una forma u otra. Del mismo modo, históricamente se valoraron de forma diferente los placeres y las maneras de disfrutar, determinando qué placeres conviene cultivar antes que otros y cuál es la mejor manera de disfrutar de aquello que nos produce placer.

Sin embargo, una cosa es decir que los criterios son históricos y dependen de quienes los explicitan y los ponen en práctica y otra cosa muy distinta es decir que no hay criterios o que aceptar la existencia de éstos es propio de una posición metafísica o positivista. En este caso la alternativa no es ser

relativista o metafísico-positivista. Independientemente de la posición teórica que se adopte, a los efectos de la vida pública y social, es necesario admitir que en cada momento no todo es igual y que el relativismo es una imagen engañosa de la amplitud de criterios, tan nociva como la dogmatización ahistórica de ellos.

Los criterios pueden ser de raíz consensual pero son los que definen y demarcan lo que las personas consideran razonable dentro de su propio medio y dentro de su época. En este sentido, los valores funcionan como criterios de aceptabilidad (o rechazo) racional toda vez que ante una instancia de decisión o elección hay confrontación de valores y de la confrontación surge una jerarquización de los mismos.

Sólo las personas tienen la capacidad de estimar qué es bueno o qué es malo, qué es bello o qué es feo, qué es mejor o qué es peor. Estas estimaciones de valor (valoraciones), sin embargo, están contextualizadas socialmente y por lo tanto pueden resultar variables de una sociedad a otra, de una cultura a otra. De manera tal que el que valora es siempre un sujeto social y la valoración puede ser y es, de hecho, cambiante.

Pero esto no impide decir que los valores gozan de una relativa estabilidad y que esa estabilidad está subordinada a (o procede de) la formulación de criterios que dotan de validez a los juicios, a las acciones y a las decisiones que las personas ejecutan.

Ciertas cosas son correctas –*objetivamente correctas*– en ciertas circunstancias, e incorrectas –*objetivamente incorrectas*– en otras, y la cultura y el entorno constituyen las circunstancias relevantes. Aunque el antropólogo esté en lo cierto respecto a esto último, ello no significa que los valores sean “relativos”, en el sentido de ser meras cuestiones de opinión o de gusto.<sup>4</sup>

Esos criterios son objetivos y hay que decir algo acerca de esta objetividad. Resulta simplista y simplificador decir que los valores son relativos y que dependen sólo de las circunstancias o de la cultura en las que son respetados o tenidos en cuenta.

4. Ídem, p. 164.

También resulta difícil aceptar la postura que sostiene que la objetividad de los valores es una objetividad a priori, independiente de la experiencia y de las circunstancias, y hace recaer esa objetividad en una autoridad trascendental. El relativista niega la existencia y la presencia de criterios sociales; el dogmático los cristaliza y los hace independientes de la vida social y, finalmente, los endiosa.

Los valores son objetivos porque son aceptados dentro de ámbitos demarcados por criterios previamente consensuados por la comunidad. No aceptar la existencia de criterios (culturales, producidos por el intercambio comunicativo de los sujetos) es negar que en los hechos la gente asume que hay cosas que son mejores que otras u objetos más bellos o menos bellos; y lo hace a partir de “algo”. Rorty sostiene que las personas eligen a partir de las ventajas concretas que la experiencia ha puesto en sus manos para definir lo que es mejor o lo que es peor. Pero aun cuando las cosas sean como él dice y todo sea cuestión de ventajas operativas ése es el criterio adoptado para determinar lo correcto o lo conveniente. En definitiva, los criterios no son entidades ideales, inmutables, que pertenecen o permanecen en un mundo ajeno a las vicisitudes humanas; más bien, *los criterios son reglas de demarcación que regulan y hacen posibles el intercambio y la experiencia intersubjetiva en términos de preferencias*. Ese marco está construido con criterios producidos socialmente y dentro de él los valores son objetivos. Lo que no tiene sentido es negar la existencia de ese marco y discutir qué hay fuera de él. En nuestro caso la racionalidad está diseñada por criterios acuñados por la tradición de Occidente y dentro de esta tradición tiene cabida la confrontación entre los valores que cada uno reconoce y pretende que sean objetivos. Como dice Putnam:

Solamente podemos tener la esperanza de producir una concepción más racional de la racionalidad o una concepción mejor de la moralidad si operamos dentro de nuestra tradición (con los ecos del ágora griega, de Newton, etc., en el caso de la racionalidad, y con los ecos de las escrituras, de los filósofos, de las revoluciones democráticas, etc., en el caso de la moralidad); pero ello de ningún modo significa que en nuestras concepciones actuales todo esté bien y

todo sea razonable. No estamos atrapados en infiernos solipsistas individuales, sino invitados a tomar parte en un diálogo genuinamente humano, un diálogo que combine la colectividad con la responsabilidad individual.<sup>5</sup>

C. ELIGE LA ALTERNATIVA RAZONABLE. El problema es saber cómo se hace para determinar racionalmente cuál es, en cada circunstancia, la mejor alternativa. Si la forma de elegir la mejor alternativa consiste en congelar y estereotipar los criterios construidos nos ubicamos dentro de la visión limitada de la racionalidad que anteriormente denominamos *racionalidad científica*. En este caso los criterios funcionan como si fueran metafísicamente objetivos o como si formaran parte de una conciencia trascendental a priori. Tal vez convenga, para no caer en una posición de este tipo, sustituir la idea de racionalidad evaluativa por la de razonabilidad holística. Se trata de proponer que las personas, cuando les toque actuar, decidir o juzgar elijan ser razonables o, para decirlo con una palabra más afín a la filosofía clásica, que actúen con *sabiduría*.

La característica principal del hombre razonable es que no cristaliza los valores ni los aparta de la situación concreta en la que esos valores pueden entrar en juego. Antes bien, somete a deliberación el conjunto de factores que interviene en la situación y que la condicionan. El ser razonable, además, no excluye el uso del sentido común como herramienta de análisis y es amplio y abierto en cuanto a la consideración de los criterios cuando debe emitir un juicio o expresar un punto de vista sobre algo o sobre alguien.

Los criterios deben ser, para quien se comporta razonablemente, un marco, un espacio dentro del cual es posible movilizar los valores adoptados o a adoptar en función de los elementos que intervienen en la situación considerada.

Puede advertirse detrás de esto que acabo de decir un sesgo aristotélico. Aristóteles parece ser el filósofo antiguo que introduce en la ética la lógica difusa propia de nuestro tiempo. La persona razonable pone en juego esa lógica difusa o borrosa

que acompaña cada valoración realizada con el criterio del *justo medio*. Una persona es razonable cada vez que aplica ese criterio para juzgar y valorar. Pero sólo se adquiere ese hábito regulando nuestros juicios y nuestras valoraciones, actuando con sabiduría o con prudencia:

Corresponde a la sabiduría o prudencia el deliberar, el juzgar los bienes y los males y todas aquellas cosas que en la vida hay que desear o hay que evitar, le corresponde el emplear dignamente todos los bienes disponibles, el conducirse en forma recta en sociedad, el prestar atención a las ocasiones debidas, el utilizar el lenguaje y la acción de una manera sagaz e inteligente, el tener un conocimiento hondo de todas las cosas que son útiles.<sup>6</sup>

Esta idea aristotélica de sabiduría y la idea de ser razonable comparten, entre otras cosas, el reclamo por mantener, ante cada situación, la práctica de la deliberación, el respeto del sentido común y la valoración de la amplitud de criterio para evaluar. Ph. Foot, siguiendo a Aristóteles y a Santo Tomás, sostiene que la sabiduría, si bien es una virtud intelectual, también está ligada a la voluntad (se *sabe* qué es bueno, pero también se *quiere* alcanzar lo bueno).

Ser razonable o ser moralmente sabio tiene que ver con saber qué cosa es cada cosa y con tomar buenas decisiones. Esto significa que lo contrario de una persona razonable no es una persona irracional,<sup>7</sup> sino una persona que, siendo racional, no hace un uso adecuado en su lugar y en su tiempo de la razón evaluativa. En esta circunstancia la persona no elige lo que es mejor aun cuando podría hacerlo de acuerdo con lo que sabe y con las posibilidades a su alcance. No es como Sócrates suponía: además de *conocer* la virtud hay que *querer* practicarla.

Esto quiere decir que una persona de estas características puede no querer ser mejor sin ser necesariamente un delin-

6. Aristóteles, *De las virtudes y los vicios*, en *Obras*, Madrid, Aguilar, 1977, p. 1370.

7. Para desarrollar este problema, Putnam elabora un ejemplo de personas a las que denomina "hombres cerdos". Cfr. H. Putnam, *Razón, verdad...*, pp. 172-173.

cuenta o una persona irracional. A las personas de esta clase, por ejemplo, puede interesarles sólo ser como son. Esta manera de ser puede consistir en adquirir y conservar los bienes primarios de subsistencia y disfrutar de placeres sensuales inmediatos. Puede ser que estas personas vivan una existencia primaria y no aspiren a vivir de otra manera.

Estos sujetos no son inmorales pero no se puede decir de ellos que viven plenamente su humanidad. Porque dentro de nuestro medio resulta razonable que un ser humano que sabe que hay vidas alternativas mejores, quiera vivirlas. Sin embargo hay que admitir que si bien querer ser mejor es una muestra cabal de razonabilidad, el hecho de no querer ser mejor sabiendo que hay vidas mejores no nos autoriza a decir que quien así decide es irracional. ¿Por qué? Putnam dice:

No queremos decir que llevar una vida mejor o peor sea meramente cuestión de gusto. No vemos el modo de afirmar que es racional elegir la vida mejor e irracional la peor. Con todo, dejar de decir tales cosas es semejante a estar diciendo que "todo es relativo". El suelo se desmenuza bajo nuestros pies.<sup>8</sup>

Él no ve el modo de afirmar que es racional elegir una vida mejor sencillamente porque no admite la presencia de criterios sociales que sirvan para demarcar valores mejores y peores. El suelo se desmenuza bajo sus pies y con el suelo se desmenuza también la vida pública por ausencia de criterios.

¿Cuál es la deficiencia de esta clase de personas en términos de la participación de los valores que su comunidad considera preferibles? Una respuesta posible es que las personas que saben o que pueden saber cuáles son los valores preferibles pero se resisten a alcanzarlos lo hacen porque aplican la razón estratégica en ámbitos donde sólo cabe esperar el uso de la razón evaluativa. No se pueden medir o valorar los fines mediante el cálculo de costos y beneficios. Proceder de esta manera es asumir que es posible llevar una vida cualquiera fuera de la ética.

8. Ídem, p. 173.

## VI

### CRÍTICAS A LA RACIONALIDAD

#### 1. LA CRÍTICA FENOMENOLÓGICA A LA RACIONALIDAD MODERNA

Una de las críticas realizadas a la racionalidad procede de la fenomenología. Podemos entender mejor la crítica de Husserl a la racionalidad si segmentamos el problema en tres partes: a qué razón o a qué racionalidad se refiere Husserl cuando habla de una *crisis de la razón*, qué propone como intento de superación o de rectificación de esa crisis y cómo es posible poner en marcha ese intento.

1. Edmund Husserl elabora su crítica a la racionalidad en términos de lo que él denomina *crisis de la humanidad europea*. Incluye dentro del concepto *humanidad europea* lo que hoy, en términos generales, podemos considerar como el conjunto de naciones que crecieron al amparo de los valores y las creencias de la civilización occidental. En este contexto, la crítica de Husserl está orientada al intento positivista de identificar la racionalidad con el paradigma de las ciencias de la naturaleza. Se trata de mostrar que la crisis de las ciencias es en realidad una crisis mayor: la crisis del hombre contemporáneo, en tanto que reduce la racionalidad, que es su "diferencia específica", a una función particular identificada con el conocimiento tal como está concebido en las ciencias de la naturaleza.